

.....

## CAPITULO XXV.

.....

Shechem antes de separarse de Hanson le propuso enviarle sus hermanas; pero este se opuso, haciendo presente á su anciano amigo, que su presencia era necesaria á Teodoro, y que bastaria fuesen á verle depues que hubiese vuelto Eduardo.

Bensadí, cuando volvió, las halló ya instruidas del duelo de su hermano: calmó sus inquietudes, asegurándolas que nadie sabia este suceso, y que las heridas de Hanson no eran peligrosas.

(191)

Eduardo escribió á su muger y á Shechem, dos dias despues de su llegada á Lóndres. Habia ya visto á muchas personas de grande influjo con los ministros, y le parecia estaban favorablemente dispuestos todos los espíritus: el negocio era importante, y debia ser maduramente discutido en el consejo; pero no dudaba que Teodoro fuese absuelto.

Shechem y todos los amigos de este infortunado jóven abrian sus corazones á estas dulces esperanzas: él por su parte parecia estar mas tranquilo; pero una profunda tristeza era lo que constantemente se veia impresa en su fisonomía: sus fuerzas se reanimaban mucho mas que su espíritu:

los cuidados, las caricias de las dos hermanas de Hanson le enternecian sin prestarse aun sin embargo á su inocente alegría: mui frecuentemente, mirando á Eva, que apenas pasaba un dia sin verle, la decia: «¡Ah! vos mereceis mui bien el corazon de un hombre que sepa apreciaros y no vivir sino para vos!» Eva se avergonzaba y nada le respondia: sentia interiormente el deseo de que Teodoro fuese este hombre: lejos de tener celos de las lágrimas que él consagraba á la suerte de Elisa, esta sensibilidad le hacia para ella mas apreciable aun: le parecia no tener que desear si él queria consentir en asociarle á sus dolores: llorar con él hasta verle consola-

do era su mas ardiente deseo y su mas dulce esperanza.

Hemos visto que Hanson no habia hallado á Cyphon en su coche: ignorábamos la causa, y hé aquí cuál fue. Este último, dejando el tribunal despues de pronunciado el discurso por su hijo, creyó, no sin fundamento, que la indignacion pública, de que él era el objeto, podia serle fatal, y ocasionar en el pueblo una sublevacion de la que seria víctima: agitado por este temor, no se atrevió á volver á marchar en su coche; y dejando á su digno agente el cuidado de conducirle, se fugó secretamente en una silla de posta que sus criados le buscaron; y su coche le siguió cinco ó seis horas despues:

(194)

esta circunstancia fue la que impidió á Hanson encontrarle; mas apenas estuvo de regreso en su casa, supo la muerte de su cómplice: esta noticia, unida á las humillaciones que habia sufrido, y á las pasiones furibundas que le abrasaban la sangre, le hizo caer en accesos de furor, que á todos sus criados llenó de consternacion: se le declaró una calentura violenta, y arruinado su temperamento por la edad y por sus achaques, no pudo resistir á este nuevo choque; por manera que á los tres dias de enfermedad los médicos manifestaron que no podian salvarle: sufría dolores inauditos; pero el mal fisico no era nada comparado con los remordimientos que despeda-

(195)

zaban su alma. Empezando, pues, á convencerse de la nada de las grandezas humanas y de la inhumanidad de su conducta con su hijo, se veia ya entregado al desprecio y á la execracion universal, se presentaban en su imaginacion las injusticias y crueldad con que habia tratado á los Hansones: entró el remordimiento en su corazon, pero no penetró en él sino acompañado de la desesperacion: despues de mas de ocho dias que llevaba en este estado tan horroroso, cansado de sufrir, espantado por las terribles imágenes que incesantemente le perseguian, abandonado de sus criados que habian tenido la crueldad de anunciarle la imposibilidad de su cura:

(196)

cion; no hallando nada en el porvenir ni en lo pasado, que proporcionase á su alma una sola idea consoladora.... tomó una fuerte dosis de opio.... Dos horas despues ya no existia.

Su muerte restableció la alegría de sus vasallos oprimidos: todos aquellos que sabian la conducta que habia tenido con su hijo, cargaron su odiosa memoria de imprecaciones, digno fruto de un insaciable orgullo que le habia hecho tan bárbaro, hasta el extremo de sacrificar la humanidad y la naturaleza á miserables quimeras y caprichos temerarios.

Este acontecimiento llamaba á Teodoro á la posesion de una fortuna inmensa, siendo el único he-

(197)

redero de los bienes de su padre y de los de su tio. Sin tener un grande apego á las riquezas, amaba en ellas la inapreciable ventaja que proporcionan de consolar al desgraciado y alentar al industrial. Shechem conocia muy bien sus principios para no esperar que este cambio inesperado contribuyese mucho á desterrar de su corazon el disgusto de la vida, que parecia aun resistir á los cuidados afectuosos y constantes de la naturaleza, de la amistad y del amor. Sin embargo, creyó debia diferirle la noticia de ser muerto su padre hasta el regreso de Eduardo.

Al fin, este último, despues de seis semanas de estancia en Londres, volvió con el perdon para

Teodoro, y la orden del Rei para ponerle en libertad.

Este negocio habia ocupado mucho tiempo al consejo de estado: los amigos y los parientes del preso no habian perdonado medio alguno para dar el aspecto mas favorable y menos criminal al delito: por lo general, el asesinato premeditado es una escepcion de los delitos que la prerogativa real cubre con la indulgencia: en semejante caso, el interes del cuerpo social, como los primeros principios de la humanidad, rara vez permiten á la justicia pública dejarse ofender impunemente. Sin embargo, las circunstancias extraordinarias que habian precedido á la muerte violenta de Teodo-

rico, hicieron al consejo tal impresion, que esta prevaleció sobre la de aquellas consideraciones políticas opuestas á la clemencia.

Teodoro, en fin, obtuvo su perdon; pero se decidió al mismo tiempo, que al entrar en posesion de los bienes de su familia, no heredase la dignidad de Par que tenían, la cual quedaria suprimida; que á mas de esto mudaria de nombre para tomar el de su madre. El consejo, concediéndole el perdon, creyó que la violacion de la lei exigia una expiacion; á mas de que no era inútil hacer desaparecer todo lo que podia contribuir á recordar este desgraciado acontecimiento, y el mismo Teodoro no podia menos de aplaudir una disposicion

tan sabia; pues que ella le dispensaba de llevar un nombre al que se hallaban enlazados tan crueles recuerdos.

Pocas horas despues de su llegada, Eduardo fue á ver á Teodoro, acompañado de Shechem y de Eva: su muger le habia precedido: la otra hermana de Hanson se habia marchado el dia antes con su hermano, cuyas fuerzas se restablecian de dia en dia.

Teodoro apretó la mano de su primo, con indicios de esperar lo que tenia que decirle; pero Bensadí fue quien tomó la palabra.

«Amigo mio, tengo mas de una noticia que darte; pero cuidado que no has de afligirte. Pruébanos que la reunion de nuestros esfuer-

zos para reanimar tu valor, no ha sido inútil. Tu padre....

— ¡Es muerto! exclamó Teodoro: vuestras miradas me lo aseguran: ¡ah! sin duda; él ha debido sucumbir bajo el peso de las terribles verdades que no he podido menos de publicar; pero el cielo es testigo de que haciendo el sacrificio de mi vida, le habia perdonado mis desgracias.» Calló, y volvió á dejar caer la cabeza sobre su pecho.

«Su digno cómplice, continuó Bensadí, el conserge de la casa de correccion, ha recibido el premio de sus bellas acciones: Hanson le ha inmolido á los manes de su hermana: este valiente jóven está herido; pero su curacion es cierta, y

vendrá mui pronto á abrazarte.»

Teodoro levantó los ojos al cielo, como para reconocer un acto de la justicia divina.

«En fin, ya no existen para ti sino amigos, repuso Shechem: piensa en lo que les debes: tu perseverancia en tan funestos proyectos fuera una ingratitud: tu Elisa misma desaprobaria un sacrificio inútil para ella, y que seria terrible para nosotros. Prométenos, pues, que no te dejarás abatir por la desesperacion, que vivirás, que serás hombre.

— Sí, prometédnoslo, Teodoro, dice Eva con un tono de voz, llena de una dulzura encantadora: vos, que tanto gustais de hacer felices, ¿despreciareis la ocasion que

el cielo os ofrece, de emplear en favor del infortunio los bienes que han servido por tanto tiempo para oprimirle?»

Eduardo y su muger unieron sus instancias y sus caricias á las solicitudes de Shechem y de su hija.

«¡Irresistible amistad! tú triunfas, exclamó Teodoro despues de un largo silencio: sí, yo cedo: y ¡cruelles amigos! si no me es permitido ya ser feliz, quiero al menos convencers de que no soi indigno de tanto cariño. ¡Ah! sí, creed que consintiendo en vivir, os hago un sacrificio de que ya no me creia capaz, y que vosotros solos podiais arrancarme.»

Eduardo entonces le entregó la

real cédula de perdon que habia referido: la obligacion de cambiar el nombre pareció á Teodoro ser un beneficio casi igual al perdon que habia obtenido.

Luego que se calmó un poco la emocion que habia causado esta escena, Teodoro preguntó si podria abrazar pronto á su amigo Hanson.

«Le hallaremos en Lóndres, dijo al momento Eduardo.

— Sí, en Lóndres, repitió Shechem: yo apuesto, continuó riendo, á que en cerca de dos meses que hace estoi aquí ocupado de tus asuntos; no has pensado tú un solo momento en los míos: sin embargo qué sé yo, si durante mi ausencia no habrá venido dos ó

tres veces lord Pindarn.... Bien te acordarás de la operacion que tanto te escandalizó; pero pues que esas gentes han tomado el partido de arruinarse con estravagancias, hubieran hecho con otros lo que no hubiesen hecho conmigo.... Vamos, vamos, ¿cuándo es la marcha?

— Cuando queráis, responde Teodoro: yo no me opondré jamas á lo que sea vuestra voluntad.

— Pues entonces.... mañana, dice Shechem: en la fonda nos espera la sopa; con que vamos, salgamos de aquí.»

Teodoro esperiméntó aun una penosa opresion de corazon al dejar una prision donde habia entrado con la firme resolucion de mo-



rir; pero las prevenciones de los amigos que le rodeaban, y tambien sin duda las atenciones tan significantes de la interesante Eva, alejaron de su imaginacion poco á poco sus ideas sombrías: no presidió en la mesa precisamente una alegría estrepitosa, sino lo que vale infinitamente mucho mas, como una satisfaccion dulce, un sentimiento de calma deliciosa que animaba á todos los corazones despues de tan crueles inquietudes: hasta el mismo Teodoro se hallaba mas tranquilo; y los amigos que por largo tiempo habian sufrido por la misma causa, gozaban ya del encanto indecible de una reunion inesperada.

Al dia siguiente, mui temprana-

no, tomaron el camino de Londres, Eduardo y su muger en un coche, y Teodoro con Bensadí y su hija en otro. Rebecca se llenó de alegría al ver á su amo, aquel á quien siempre quiso tanto; pero sabiendo en aquel momento toda su historia, inclinó sus ojos al suelo, llevada del respeto, y tratando de reprimir el gozo interior que la inspiraba el deseo de abrazarle, lo que ya no se atrevia á ejecutar; pero Teodoro la dió libertad para desahogar su corazon con tan tiernas demostraciones, y la constituyó en estado de ser feliz, poniéndola en la mano un billete de banco que la obligó á tomar como una memoria, segun la dijo sonriéndose, á nombre de un an-